

## EL ANARQUISMO Y LOS ANARQUISTAS EN LA OBRA DE BAROJA

*Miguel PECIÑA ANITUA*

Ex Catedrático de Lengua Española del Liceo  
“Flora Tristán” de Noisy-le-Grand (París)

### **Resumen:**

La rebeldía de Pío Baroja se manifestó durante sus años de estudiante de medicina en Madrid. En 1899, en París, enlaza con los medios libertarios. *Aurora Roja* (1904) es la plasmación literaria de su interés por el ideal anarquista. De 1890 a 1911 comparte ideología con los anarquistas y milita en el Partido Radical de Lerroux. Lejos ya de todo ideal político, en los años treinta, prensa ácrata, como *La Revista Blanca*, aprecia el anticlericalismo del escritor (biblioteca Ostolaza, polémica con el obispo Mateo Múgica).

La guerra civil marca un cambio: de la simpatía inicial a la hostilidad declarada.

**Palabras clave:** Pío Baroja. Ricardo Baroja. Alejandro Lerroux. Atentado Morral. Biblioteca Ostolaza. Obispo Mateo Múgica. Anarquismo. *Aurora Roja*. República y guerra civil.

### **Laburpena:**

Pío Barojaren errebeldia Madrilen medikuntzako ikasle izan zen urteetan agertu zen. 1899an Parisen giro libertarioetan ibili zen. *Aurora Roja* (1904) da ideial anarkistarekiko zuen interesaren literatura-adierazpena. 1890etik 1911ra anarkisten ideologia partekatu zuen eta Lerroux-en Alderdi Erradikaleko militantea izan zen. Ideial politiko guztietatik urrunduta, hogeita hamarreko urteetan, prentsa akratak –*La Revista Blanca*– idazlearen antiklerikalismoa preziatu zuen (Ostolaza liburutegia, Mateo Mujika gotzainarekin polemika).

Gerra zibilak aldaketa markatu zuen: hasierako sinpatiatik aurkakotasun garbira.

**Gako-hitzak:** Pío Baroja. Ricardo Baroja. Alejandro Lerroux. Morral atentatua. Ostolaza liburutegia. Mateo Mujika gotzaina. Anarkismoa. *Aurora Roja*. Errepublikak eta gerra zibila.

**Abstract:**

Pío Baroja's defiance emerged during his years as a student of medicine in Madrid. He met up with the libertarian press in Paris in 1899. *Aurora Roja* (1904) is the literary embodiment of his interest in the anarchist ideal. Between 1890 and 1911 he shared the ideology of the anarchists and was a member of the Radical Party led by Lerroux. In the 1930s and by then far removed from any political ideal, the anarchist press such as *La Revista Blanca* appreciated the writer's anticlericalism (Ostolaza library, dispute with Bishop Mateo Múgica).

The Spanish Civil War marked a change: from initial sympathy to overt hostility.

**Keywords:** Pío Baroja. Ricardo Baroja. Alejandro Lerroux Assassination attempt by Morral. Ostolaza library. Bishop Mateo Múgica. Anarchism. *Aurora Roja*. Republic and Spanish Civil War.

Para escribir sobre Pío Baroja en Vitoria no hace falta justificación, ya que precisamente en su casco viejo se encuentra el palacio de Montehermoso, residencia de los marqueses afrancesados del mismo nombre. El palacio fue comprado por José Bonaparte a su amante María Pilar de Acedo, marquesa de Montehermoso. Esta historia, ya olvidada, era de las que encantaban al novelista donostiarra. Según el general Hugo, Bonaparte desembolsó una suma exorbitante, y cuenta que "ni con la marquesa dentro valía ese precio". Montehermoso además se ha conocido, y se conoce todavía, como el palacio del obispo. Todo esto puede interpretarse como un guiño cómplice, porque la marquesa de Montehermoso y don Mateo Múgica, obispo de Vitoria en los años de la república, ilustres habitantes de este palacio, fueron dos personajes incorporados a la literatura barojiana. De la primera escribió en *El escuadrón del Brigante* donde vemos cómo el pobre Aviraneta, enamorado platónicamente de la marquesa, tiene que soportar las anécdotas salaces de un oficial francés sobre las favoritas del harén de José Bonaparte. Del obispo Múgica, en el trance de visitar a los condenados a muerte anarquistas en la cárcel de Pamplona, Baroja nos dejó una estampa atroz en *La familia de Errotacho* y, por si esto no fuera suficiente, acabó de crucificarle en la polémica suscitada a propósito de la biblioteca-escuela que había abierto en Deva el indiano Ostolaza. Más adelante nos ocuparemos de esta cuestión en la que intervino la publicación ácrata *La Revista Blanca* con aplausos al novelista y silba al obispo.

**Vaivenes políticos**

Muy pronto los anarquistas despertaron curiosidad y atracción en el escritor vasco y, parafraseando uno de sus títulos, podríamos decir que *desde el principio hasta el fin*, desde la trilogía *La lucha por la vida* hasta sus memorias *Desde la última vuelta del camino*, la referencia al anarquismo es constante. Para comprobarlo bastaría con hacer recuento de los

principales libros: *Aurora roja*, *Las tragedias grotescas*, *La dama errante*, *La ciudad de la niebla*, *La familia de Errotacho*, *Los visionarios* o, incluso, el hasta hace poco inédito *Miserias de la guerra*. En las memorias recuerda Baroja principalmente a los anarquistas de carne y hueso que le tocó conocer en Madrid, Barcelona, París y Londres.

En este artículo no nos limitaremos al inventario, sino que trataremos de demostrar que este tema es algo más que un motivo literario. Pío Baroja, pese a su proclamado desdén por la política y sus renuncios posteriores, manifestó cierta simpatía por el ideario anarquista (él mismo se pone en escena en *La ciudad de la niebla* y se autoproclama *viejo pajarraco del individualismo, anarquista y romántico*). Cometeríamos un grave error si pensáramos, dándole crédito, que en él no hubo cambios, y que siempre mantuvo la misma actitud escéptica y sin ilusiones.

Aunque Baroja comienza su andadura de escritor en periódicos republicanos y anticlericales, como *La Justicia* y *El Motín*, renegará de los republicanos, tras el 14 de abril de 1931, afirmando que él se sentía más cómodo con la monarquía. Cortejó al comecuras Lerroux, publicó artículos en *El País*, diario que el emperador del Paralelo dirigía en 1895, y por entregas *César o nada*, en 1910, en *El Radical*, e incluso llegó a presentarse a concejal lerrouxista por Madrid en diciembre de 1909. Pero, más adelante, abominará del hombre que le entusiasmó y dirá pestes de don Alejandro y del estraperlo (véase *Miserias de la guerra*). Ciertamente es que, para cuando esto ocurra, habrá roto con el Partido Republicano Radical, pues se había dado de baja el 11 de agosto de 1911, tras la ejecución de Sánchez Moya, fogonero del Numancia.

Con los anarquistas sucederá algo parecido: de la empatía o identificación afectiva de los primeros años que examinaremos a propósito de *Aurora roja*, al impropio. Desacreditados porque los consideraba ilusos e iluminados que la policía primorriverista manipulaba con facilidad. Por último, la descalificación absoluta, consecutiva a la guerra civil, en la que ya no verá a los aguilucho de la FAI como los idealistas fanáticos del periodo republicano cuando Baroja se entrevistaba en la cárcel de Sevilla con Durruti, sino como criminales y facinerosos que se ensañaban en las checas de Madrid durante la guerra (véase de nuevo el inédito *Miserias de la guerra*). Sirvan estos ejemplos como ilustración de que Baroja, contrariamente a lo que se suele afirmar, cambió mucho, sin llegar tampoco a ser un Garat o *La veleta de Gastizar*.

## Antecedentes

En sus memorias, el novelista vasco embarulló algún episodio de su biografía y suavizó la simpatía que le inspiraba el anarquismo hasta

desdibujarla. Pese a todo, hay un fondo de sinceridad cuando recuerda su juventud madrileña de estudiante de medicina:

*“Yo me sentía más inclinado a la tendencia anarquista, partidario de la resistencia pasiva, recomendada por Tolstoi, y de la piedad, como lector de Schopenhauer...”* (P. 409, Memorias, vol. I, Ed. Tusquets, 2006).

Se trata, claro está, de un anarquismo de raíces literarias que algunos críticos observaron en *Vidas sombrías* (1900), el primer libro publicado a cuenta del autor. Sin embargo, hubo algo más. Su hipersensibilidad fue sometida a dura prueba al ver las condiciones infrahumanas en que vivían las prostitutas y los enfermos de sífilis, y cómo se les trataba.

Estamos en 1890, en el hospital de San Juan de Dios. Cursa el joven tolstoiano cuarto de medicina y acompaña como alumno al doctor Cerezo en la visita de enfermos. De pronto, este se para delante de una pobre mujer que acaba de esconder a su gato, ordena que lo capturen y lo maten, añadiendo *Y a esta tía llevadla a la buhardilla, a pan y agua*. Baroja, en su recuerdo, insulta al doctor Cerezo, le trata de canalla e idiota, le muestra el puño cerrado y a punto está de pegarle. Algunos discutirán la veracidad de lo que cuenta, pero, si no fue así, parece indudable que lo pensó. La escena fue trasladada tal cual a su novela *El árbol de la ciencia* (1911).

A renglón seguido del incidente, Baroja deja escapar que, en aquel estado de ánimo de *exaltación humanitaria y sentimental*, le da por frecuentar los mítines:

*“... durante muchos días estuve impresionado por lo que dijeron varios obreros, la mayoría andaluces, en un mitin anarquista del Liceo Rius, de la calle de Atocha. Uno de ellos... habló en aquel mitin de una manera elocuente y exaltada de los niños abandonados, de los mendigos, de las mujeres caídas...”* (Op. cit. p. 409).

Transcurridos unos años, Baroja tomará la pluma para describir este mitin y otros parecidos, las inquietudes políticas de los obreros y la difícil supervivencia de los marginales en las páginas de *La lucha por la vida*.

### ***Aurora roja: la novela de la revolución***

La trilogía *La lucha por la vida* arranca en *La busca* con la descripción del mundo de los desheredados (traperos, mendigos, etc.), continúa en *Mala hierba* con las prostitutas y los golfos (recordemos que había publicado, en 1899, *Patología del golfo* y firmado el artículo doctor Baroja), para culminar en *Aurora roja* (1904) con la lucha obrera y el anarquismo.

En *Mala hierba* asistimos a un sinfín de intrigas folletinescas y, para nuestro estudio, lo único reseñable se refiere a la iniciación ideológica de Manuel en las teorías anarquistas, adoctrinado por el tipógrafo Jesús.

En la novela que cierra el ciclo es donde se nos ofrece una pintura realista y exacta del anarquismo en la capital de España a finales del siglo XIX. *Aurora Roja* es un título inequívocamente nietzscheano, metáfora de la revolución inminente que había de estallar para salvación de los trabajadores.

Carmen del Moral en su estudio *La sociedad madrileña fin de siglo* (Ed. Turner, 1974) reprocha a Baroja silenciar la existencia de los socialistas que aparecen sólo como meros oponentes de las tesis ácratas o como pretexto a sarcasmos. Sin embargo, acaba justificando la omisión barojiana cuando admite que, en el Madrid de la época, era tal vez más factible una *Aurora roja* ácrata que socialista. En cualquier caso, la idea mesiánica de la revolución estaba más en la línea de los libertarios que de los seguidores de Pablo Iglesias, por quien, de sobra es sabido, nuestro médico escritor metido a panadero sentía una profunda aversión.

En la novela abunda la información sobre folletos y lecturas o la crónica sobre lo sucedido en Montjuic, el castillo maldito, la ejecución de cinco anarquistas en los fosos con la consiguiente llegada de Michele Angiolillo y el asesinato de Cánovas del Castillo en Santa Agueda. Ahora bien, la principal aportación barojiana es el estudio realizado sobre la psicología del anarquista, a través de una galería de personajes literarios. Descuellan el veterinario señor Canuto, viejo militante cuya ideología se había detenido en la Internacional de Bakunin y Fanelli y que, por consiguiente, no comulgaba con el moderno Kropotkin.

Completan la tipología los compañeros que asisten a las reuniones de *La Aurora*, taberna de Chamberí. Son obreros como Jesús, *El Madrileño* o Prats, artesanos zapateros como *El Bolo*, estudiantes como el exrepublicano César Maldonado e intelectuales como Juan, aprendiz de escultor, y *El Libertario*, pintor y escritor. Son representativos de las diferentes tendencias del anarquismo militante.

Jesús –salido de la pobreza de una corrala– y *El Madrileño*, hijos del pueblo ambos, encarnan la protesta de los miserables y predicán la destrucción. Su idea de la revolución se parece a la expresada por Juan, el protagonista:

*Sería una aurora sangrienta en donde a la luz de los incendios crujirá el viejo edificio social, sustentado en la ignominia y en el privilegio, y no quedaría de él ni ruinas, ni cenizas, y sólo un recuerdo de desprecio por la vida abyecta de nuestros miserables días.* (A.R. Ed. Caro Raggio, p. 111).

*El Bolo* es un antiguo republicano que, frustrado por la inoperancia de sus antiguos ídolos Salmerón y Ruiz Zorrilla, se considera ácrata. Este fue el itinerario recorrido por algunos federalistas como Fermín Salvochea, uno de los inspiradores del anarquismo andaluz en la última década del siglo XIX.

Juan, lector de Ibsen y Tolstoi, representa la vertiente humanitaria y artística. El anarquismo, para él, viene a ser una nueva religión. *El Libertario*, un escritor, es más filósofo y sostiene, según Carmen del Moral, ideas muy próximas de las del propio Baroja: rebelión individualista extrema contra la sociedad burguesa y destrucción de los valores establecidos.

La acción de la novela se cierra en 1902 con el llamado complot de la coronación de Alfonso XIII. Juan, el apóstol visionario, regresa enfermo al lado de su hermano Manuel, a quien compromete ya que acoge en su casa al anarquista Passalacqua, que oculta en su maletín una bomba destinada al rey. La policía opera un registro pero, gracias a Salvadora (nombre simbólico fácil), no encuentra el objeto del delito. Finalmente, muere el idealista Juan y *El Libertario* pronuncia un discurso emocionado sobre su tumba.

Hasta aquí la ficción. De hecho, si creemos a Pedro Vallina que fue detenido como implicado en el complot, todo fue un montaje de la policía y no hubo en esta ocasión el menor proyecto de atentado. Su testimonio (*Crónica de un revolucionario*, Ed. Solidaridad Obrera, 1958) es de fiar porque el médico andaluz, discípulo predilecto de Salvochea, nunca suele negar los complots y su participación en ellos cuando realmente existieron. El más célebre de todos fue el de París, en la calle de Rohan, el 31 de mayo de 1905 contra Alfonso XIII y el presidente Loubet en el que sólo hubo que lamentar la muerte de un caballo. En otro apartado diremos algo sobre Vallina y Baroja.

Quisiéramos hacer una última observación no sobre el fondo sino sobre la forma, es decir, la adecuación del estilo barojiano a la realidad social que describe. Diálogos rápidos, coloquiales, descripciones minimalistas, ausencia de retórica, lo que supone una ruptura con relación a la época. Su estilo moderno, tosco si se quiere, refleja a la perfección, con “oído” atento, la realidad que describe. El castellano impecable y pulido de *Clarín*, en cambio, encaja magníficamente para describir el mundo de notables y clérigos ambiciosos de *La Regenta* pero, en nuestra opinión, en modo alguno hubiera servido para escribir la primera novela social española. El logro de Baroja estriba en la adecuación de su nuevo estilo a esta realidad lumpenproletaria y proletaria del Madrid de la busca y de la lucha.

### **París: 1899**

Así como las vivencias madrileñas –San Juan de Dios, la panadería, los mítines anarquistas, los barrios bajos y los bajos fondos– nutren la serie de

*La lucha por la vida*, la estancia parisina de 1899 alimenta la escritura de *Los últimos románticos* (1906) y *Las tragedias grotescas* (1907). Se aprecia también una importante presencia del anarquismo, salvo que ahora se trata de una reconstitución histórica ya que, obviamente, Pío Baroja no vivió los años finales del Segundo Imperio y la explosión revolucionaria de la Comuna de París.

Basta tirar de sus memorias para observar que se documentó a fondo interrogando a algunos supervivientes y a viejos republicanos españoles. El más destacado fue Nicolás Estevénez quien, como pronto veremos, seguía ejerciendo de revolucionario. En cuanto al escenario, según su costumbre, lo recorrió en solitario –digno émulo de Jean-Paul Fargue, el autor de *Le piéton de Paris*– y, a veces, acompañado por guías algo hampones como un tal Marcel.

Llama la atención ver que, además de documentarse sobre Blanqui, Louise Michel, la Comuna y la semana sangrienta en la que desaparece Carlos Yorza, el héroe de *Las tragedias grotescas* (sin que sepamos si fue fusilado o hecho preso y deportado), el escritor vasco es testigo y cronista de diversos acontecimientos libertarios. Está presente en una manifestación que encabeza Sébastien Faure, seguido por *la legendaria hidra revolucionaria* (publica el relato de la misma en *La Voz de Guipúzcoa*, agosto de 1899). Un día o dos después, asiste a un mitin ácrata en la calle del Faubourg Saint-Antoine, donde oye por primera vez la Internacional. Baroja explica que la música y la letra de este himno están muy bien, pero que el público cantaba muy mal, y del mismo modo que “lo cortés no quita lo valiente, lo ácrata no impide tener mal oído”. Lo más gracioso es cuando comenta los golpes recibidos:

*“Al entrar me habían parecido las precauciones de la policía un poco de broma; pero a la salida, al pasar por el callejón largo y estrecho que comunicaba con la calle, nos zurraron la badana. Los puños de los gendarmes maniobraban sobre las pobres cabezas ácratas de poco seso, no como una mano de persona, sino como una mano de almirez. La gente caía al suelo golpeada y pateada.*

*Yo escapé aquella noche... con un puñetazo en el hombro, que me dolió dos o tres días. Justo castigo a la curiosidad”* (Memorias, op. cit. p. 637).

Cuando esto escribe, a toro pasado, cuatro décadas y media después, don Pío ya no estaba para anarquismos. Pero, en 1899, algún tipo de afinidad debía de sentir cuando fue a la redacción de *L'Humanité Nouvelle*, donde se las arregló para que le publicasen un artículo sobre literatura española y conocer, de paso, a Elisée Reclus, en el cénit de la gloria libertaria.

Sería demasiado tedioso detenerse en cada una de las figuras del firmamento de la acracia que desfilan por las memorias, donde se entremezclan

las historias de verdugos con las *belles âmes de la terreur*: Ravachol, Henry, Vaillant, “la bande à Bonnot”, Caserío, etc. Por otra parte, en este caso, su conocimiento provenía de la lectura de los periódicos.

### **El atentado de Mateo Morral y el viaje a Londres**

Con el fondo histórico del atentado de Mateo Morral contra los reyes, Baroja urdió *La dama errante* (1908) y *La ciudad de la niebla* (1909), novelas integradas, junto a *El árbol de la ciencia* (1911), en la trilogía *La raza*.

Recordemos que el artefacto que estalló el 31 de mayo de 1906 en la calle Mayor provocó veintitrés muertos, soldados en su mayoría, y un centenar de heridos. Morral se suicidó tres días después en la finca Los Jaraices, cerca de Torrejón de Ardoz. Veamos, a partir de un resumen de los hechos, los nombres de los principales implicados.

Nicolás Estevénez trajo la bomba a Barcelona. Morral viajó con ella a Madrid y la lanzó desde un balcón –número 88 de la calle Mayor– al paso de la comitiva regia. Francisco Ferrer era el financiero y Lerroux, al corriente de todo, tenía que sublevar la ciudad y proclamar la república en cuanto llegara la noticia de la muerte de Alfonso XIII.

Tras el suicidio de Morral, sólo fueron encausados Ferrer, los tipógrafos Ibarra y Mata, y José Nakens, el director de *El Motín*, en cuya casa se había escondido el terrorista (esta palabra se utiliza en la época; la emplea en sus memorias el conde de Romanones, ministro de Gobernación dimitido por imprevisión). Baroja conocía, mucho o poco, a todos los protagonistas.

Eduardo Gil Bera, en su biografía hostil (*Baroja o el miedo*, Ed. Península, 2001), sostiene que don Pío, miedoso superlativo, escamotea al lector lo que sabe y, sobre todo, *se escaquea* y huye, no una sino dos veces. La primera en el viaje a Gredos con Ciro Bayo y su hermano Ricardo; la segunda a Londres. Sin una correspondencia que lo pruebe es difícil demostrar que la mieditis aguda le hizo huir hasta *la ciudad de la niebla*.

Sí nos parece que lleva razón Gil Bera cuando afirma que el escritor calla bastantes cosas. Pero no parece percatarse de que la más elemental prudencia se lo aconsejaba. En 1944, en sus memorias (op. cit. p. 760), reconoce haber sospechado de su amigo Nicolás Estevénez. El viejo federalista aprovechó la escala del barco que le llevaba a Cuba para entregar a Morral el artefacto. Cuando se publica en 1908 *La dama errante*, Estevénez y Lerroux vivían, y se encontraban en libertad sin cargos. Es de suponer que Gil Bera, que no tiene empacho en acusar de miedica a Baroja, si éste hubiera abierto la boca entonces, lo habría tildado de chivato. ¡Delatar a un amigo!, ¡qué desalmado!



Otro asunto que conviene esclarecer es el del viaje a Londres. Miguel Sánchez-Ostiz, en su biografía *Baroja a escena* (Ed. Espasa, 2006), nos explica lo incomprensible que resulta la indeterminación barojiana en relación con algunas fechas: *en 1905 o 1906 fui a pasar una temporada a Londres* (cita de la p. 132).

El escritor navarro, fiándose de la *Guía de Pío Baroja* (Caro Raggio/Cátedra, Madrid 1987) que fecha en 1906 un artículo de Francisco Iribarne, publicado en *El intransigente*, se pronuncia con reservas por el año 1906. Sin embargo, no hay tal. Basta con leer atentamente el artículo de marras para caer en la cuenta de que fue en 1907.

En efecto, Iribarne presenta a un Baroja atareado corrigiendo las pruebas de su novela *Las tragedias grotescas*. Estamos, por consiguiente, en la primavera de 1907. Don Pío que reproduce el artículo en *Desde la última vuelta del camino* (op. cit. p. 742), sin fecharlo, menciona la circunstancia de haber efectuado la primera parte del viaje hasta París, en compañía de Ortega y Gasset. Por otra parte, el profesor Pérez Ollo cita la carta (op. cit. p. 28) dirigida por el filósofo, en abril de 1907, a su novia Rosa Spottorno poniendo a Baroja, a quien conoció en este viaje, como chupa de dómine (*carcomido de vanidad literaria, alma mala...*).

La cosa está clara. Restablezcamos, por tanto, la cronología: el viaje a Londres tuvo lugar en la primavera de 1907. También allí se entrevistó, gracias a una carta de presentación de Luis Bonafoux para Tarrida del Mármol, con un primer espada del anarquismo: el italiano Errico Malatesta (Baltasar en la novela). Pese a la onda expansiva de la bomba de Morral, seguía manteniendo intacta su curiosidad por los libertarios.

## La selva oscura

En los primeros años del siglo XX, republicanos, radicales y anarquistas –por ejemplo, la “junta de acción republicana” del partido de Salmerón federada al “grupo de acción revolucionaria anarquista” de Vallina– luchaban unidos para derribar la monarquía y no se paraban en barras a la hora de utilizar métodos violentos. Ya no se recurría a los militares a la manera de Ruiz Zorrilla, ni se estilaba el golpe o pronunciamiento decimonónico. Los conspiradores pensaban que, cargándose al rey, se proclamaría la república. De ahí, el apoyo de un Lerroux a Vallina y Morral en sus respectivos atentados de 1905 y 1906. Baroja por aquel entonces se mantuvo, con altibajos, incondicional de Alejandro Lerroux, el único político español que le suscitaba entusiasmos.

Vimos cómo, en agosto de 1911, rompía públicamente con el partido republicano radical aduciendo que no había movido un dedo en defensa

de los amotinados del *Numancia*. Comparaba a los dirigentes con los caciques monárquicos y les acusaba de estar tranquilamente de vacaciones en el momento en que se produjo la tragedia del fusilamiento de Sánchez Moya. Concluía con un lamento: *¡desdichados de los que caen en verano!*

Coincidiendo con esta ruptura se producen dos hechos importantes en la vida del escritor: el inicio, en 1911, de sus investigaciones históricas en torno a la figura de su pariente don Eugenio de Aviraneta y, en 1912, la compra de la casa de Itzea en Bera de Bidasoa.

Itzea es un hito que supone enraizamiento en Vasconia. Si en Cestona encontró *ese hilo de la raza que creía perdido*, en Bera creará el personaje mítico de Jaun de Alzate y soñará con un utópico Biadasoadi *sin moscas, sin frailes y sin carabineros*. Pero la compra de la casona navarra significa también aburguesamiento del escritor que ha conocido un relativo éxito y que, tras años de luchas periodístico-literarias, se encuentra ahora, dijera lo que dijese, en condiciones de vivir de su pluma.

La pesquisa aviranetiana implica dirigir su mirada hacia un pasado que le conduce a evocar la historia del siglo XIX en nada menos que veintidós volúmenes (veinticuatro si contabilizamos las biografías de Aviraneta y Van Halen) que constituyen el ciclo novelesco de las *Memorias de un hombre de acción*.

Baroja cambia de siglo. Su voz no resuena ya en las luchas contra la monarquía. En el periodo de la dictadura primorriverista fueron otros, como sus detestados Blasco Ibáñez y Unamuno, quienes alimenten la llama. No obstante, sigue siendo hombre de su tiempo y da cuenta del episodio trágico de la intentona anarquista, en el otoño de 1924, en Bera de Bidasoa. Los datos que reunió –hablando con unos y otros en el pueblo y en Pamplona– le sirvieron para redactar *La familia de Errotacho*, novela publicada en 1932, al amparo de las libertades republicanas.

En noviembre de 1924 la frontera navarra fue teatro de una aventura que Pío Baroja, inmerso en la historia del XIX, compara, en su novela-reportaje *La familia de Errotacho*, con la expedición liberal de Mina de 1830. Liberales y anarquistas siguieron el mismo camino, a pie desde Donibane a Bera, y en ambos casos hubo provocación policiaca.

Sin embargo, romanticismo de los jóvenes aparte, los hechos de Bera de 1924 tienen ribetes más bien sórdidos y en ellos se adivina la mano del general Martínez Anido, exgobernador de Barcelona y ministro del dictador.

Los sucesos se produjeron en la noche del 6 al 7 de noviembre. La conspiración se fraguó en París. Los anarquistas allí refugiados, Buenaventura Durruti entre ellos, pensaron que en España estaba a punto de

estallar la revolución en la que participarían incluso, según decían, oficiales del ejército.

Intoxicados por la policía, se dispusieron en pequeños grupos a invadir la frontera. Al grupo de París se unieron algunos sindicalistas de Bayona y San Juan de Luz, pero muy pronto los aprendices de guerrillero fueron presa de la desmoralización. En pequeño número, poco preparados y sin apenas información, tropezaron de noche en Bera con la guardia civil y los carabineros. Resultaron muertos dos guardias y uno de los conspiradores. A la mañana siguiente, en el intento de retirada, hubo otro muerto y una veintena de detenidos.

Se les juzgó en Pamplona, pero en el primer consejo de guerra los responsables no fueron condenados a la pena capital. El director de la Guardia Civil y el rey, según Baroja, reclamaban venganza. Se les volvió a juzgar y, esta vez, hubo ejecuciones. No sirvieron de nada las peticiones de indulto de las autoridades pamplonesas y del obispo Mateo Múgica. Tres penas de muerte para vengar a los dos guardias caídos en la refriega. Solo fueron ejecutados dos de los condenados, Gil Galar y Santillán, porque el tercero, Pablo Martín, un trabajador de Bilbao que había huido a Francia después del asesinato del gerente de Altos Hornos, se suicidó arrojándose de una galería al patio. Blasco Ibáñez, Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset calificaron de asesinato las ejecuciones en un texto conjunto publicado en Francia. Baroja que pensaba lo mismo, noveló el suceso y se despachó a su gusto contra Alfonso XIII, pero su alegato contra la pena de muerte vio la luz en 1932, años después de lo sucedido.

En *El cabo de las Tormentas*, la segunda novela de la trilogía *La selva oscura*, se narra la sublevación de Jaca en la primera parte. La segunda y tercera se refieren a la época anterior de la dictadura, y también al periodo de la agitación sindicalista en Barcelona con alguna que otra historia de pistoleros y policías. *Los visionarios*, que cierra el ciclo, fue la que más polémica levantó en su tiempo.

Baroja que rondaba los sesenta años acogió la proclamación de la república con desconfianza y cierta preocupación sin que, por ello, su curiosidad menguase. Callejeaba como de costumbre para respirar el ambiente, en busca de información de primera mano. Las acciones de la extrema izquierda, los hombres de la FAI y los comunistas, le interesaban sobremedida.

Emprendió un viaje a Andalucía donde el campo estaba en plena efervescencia. Visitó a Buenaventura Durruti en la cárcel de Sevilla, trató de entrevistarse con Pedro Vallina en su domicilio de la calle Gerona (sin éxito porque, según cuenta el revolucionario en sus memorias, los de la casa le

dieron largas creyéndole policía), y frecuentó Casas del Pueblo y círculos obreros. El resultado es una novela mitad reportaje, mitad reflexión personal, sobre los primeros meses de la república.

Al poco de publicada *La selva oscura*, en abril de 1933, Baroja respondió a la invitación de la Unión de Escritores Proletarios para debatir públicamente en el Ateneo de Madrid. Aquello fue una encerrona, ajuste de cuentas ideológico, en donde la voz cantante correspondió a los comunistas.

Ramón Sender, exlibertario bajo el embrujo de Moscú, dejó escrito: el escritor *no se dejó amilanar*. Así pues, reconoce un atisbo de gallardía a quien algunos se empeñan en ver siempre medroso. A Baroja los nuevos « jóvenes bárbaros », que ya no coreaban las consignas lerrouxistas, le llamaron allí *viejo onanista*, pero el abucheo mayor se lo llevó Unamuno, también presente en el acto.

Las referencias al anarquismo no se agotan en la obra novelesca y en los retazos memorialísticos que hemos comentado. Las publicaciones póstumas de *La guerra civil en la frontera* (2005) y, sobre todo, de *Miserias de la guerra* (2006) ofrecen materia abundante, pero decepciona la calidad de esa materia.

Un crepuscular don Pío, que otrora supo ser objetivo con los anarquistas, da ahora rienda suelta a su odio y cubre de sarcasmos a todo lo que huelga a revolucionario. A nuestro parecer, ya no es el escritor de fibra (por emplear una palabra que él adjudicaba a hombres como Durruti) de *Aurora roja* o *La familia de Errotacho*. María Teresa León dijo que debiera haber sido Baroja el narrador de la epopeya bélica española. Ciertamente, pero un Baroja joven.

### **La prensa anarquista y los Baroja**

Las publicaciones anarquistas se hicieron eco de las novelas y de las opiniones del autor vasco. Hubo encuentros y desencuentros. Daremos algunos ejemplos.

En la revista sevillana *Páginas libres* (n.º 1, 30 de abril 1923), editada por el grupo *Hombres Libres* de Vallina en el que también colaboró Blas Infante, Nicolás Sánchez Balastegui escribió una semblanza de Baroja. Afirma que ha superado a Gorki, elogia el sabor ácrata de *Aurora roja*, el radicalismo de *Paradox rey* y el espíritu anticlerical de *Jaun de Alzate*.

Pedro Vallina, en *Crónica de un revolucionario* (op. cit. pp. 74-75), consagra un capítulo a Pío Baroja en el que le reprocha el retrato que nos ofrece, en *La ciudad de la niebla*, de un Malatesta escéptico y desalentado

en Londres. Cuenta asimismo cómo Roberto Castrovido, periodista de *El País*, concertó por dos veces en un café de la calle de Carretas de Madrid una cita para que conociera a dos auténticos conspiradores, Salvochea y él, y cómo el literato faltó a su palabra dándoles plantón. En 1932 tampoco pudo ser en Sevilla porque le tomaron por policía.

En 1930, *La Revista Blanca* (n.º 170, 1 de noviembre) publica un artículo de Federico Urales, titulado *Pío Baroja y el obispo*. En el mismo se hace referencia a la polémica entre el obispo Múgica y el indiano Ostolaza que había creado una biblioteca-escuela en Deba. Baroja también intervino en el asunto mediante una carta que dio a conocer la agencia Febus.

*La Revista Blanca*, que editaba la familia Montseny (Urales, Soledad Gustavo y Federica Montseny), compara primero Baroja a Unamuno, más poeta el primero aunque no hiciera versos (todavía no había publicado *Canciones de suburbio*), ironiza sobre la pose de ambos y sobre el hecho de que, a veces, parecen « carlistas » entre comillas. A continuación, se reproduce la carta al obispo y se aplaude al novelista. Termina con un afectuoso: *¡Chócala chico! A ver cuándo te vamos a dar un palo. Que sea tarde al menos.*

Reproduzco el texto de la diatriba barojiana:

*He leído en "El Pueblo Vasco" una explicación del señor don Mateo Múgica acerca de los motivos que tiene para reprobador los libros de la biblioteca-escuela del señor Ostolaza, de Deva, y me ha parecido tan absurda, indicadora de una ignorancia tan perfecta, que me impulsa a protestar.*

*El señor Múgica mezcla en su reprobación los libros más dispares. Habla al mismo tiempo de Blasco Ibáñez, que no es gran cosa, y de Victor Hugo, que ha llenado un siglo, de Insúa y de Jiménez de Asúa, escritores apreciables, y de Darwin, que es titán de la biología moderna .*

*El señor Múgica, como la mayoría de los católicos españoles, no lee a los enemigos, pero los juzga. El señor Múgica no tiene ni aproximadamente una idea de la perspectiva mental de los que no comulgan con él. El señor Múgica habla de Darwin. ¿Para qué, si no lo ha leído? Si lo leyera, probablemente no sacaría más que lo que pudo sacar el negro del sermón. El señor Múgica habla también de las inmundas novelas de Victor Hugo, lo cual es una sencilla estupidez. Lo único que la legitima es que el señor Múgica tampoco ha leído los libros de Victor Hugo.*

*No habrá en el clero católico del mundo, fuera de España, empezando por el Papa, no ya un obispo, ni un cura, que dé este calificativo a las obras del poeta francés. El mismo don Arturo Campión, que es un reaccionario de tomo y lomo, decía de Victor Hugo a su muerte, que Dios le habría perdonado, pensando, como creen los católicos y los mandingos, que Dios es algo así como un juez de primera instancia o un capitán de la Guardia Civil. Los*

*que hemos leído a Victor Hugo años y años sabemos lo que era: poeta verbal extraordinario, estilista admirable, retórico genial, poco psicólogo, poco profundo, amigo de contrastes, hombre que daba a todo proporciones grandiosas, al amigo y al enemigo; ¿pero inmundo?... ¿De dónde? ¿Cuándo?*

*Lo inmundo es asegurar que las niñas de siete y ocho años no pueden entrar con los brazos desnudos en las iglesias, porque son un incentivo a la sensualidad de los hombres; eso sí que es inmundo y manifiesta el repugnante erotismo del seminario; lo inmundo es trabajar siempre por el poderoso y por el rico teniendo en los labios el nombre del Crucificado. Y es inmundo también para la cultura condenar lo que no se conoce, sea uno obispo o sacristán.*

En noviembre de 1930 la dictablanda de Berenguer permitía explayarse así y no pasaba nada. En octubre de un año después, estrenada la república, una « Liga Anticlerical Revolucionaria » en la que participan Ricardo y Pío, los dos hermanos, volvería a la carga con motivo de los milagros de Ezquioga.

El anticlericalismo, como vemos, fue un punto de encuentro entre Baroja y los anarquistas. Ahora bien, las concomitancias acaban aquí, a excepción tal vez del periodo de republicanismo radical de principios de siglo.

Diferente fue el caso de Ricardo que, en un lapso corto, fue sucesivamente republicano de Azaña, comunista y miembro del Partido Sindicalista de Angel Pestaña. *La Revista Blanca* en su número 334 (14 de junio de 1935) daba cuenta de una conferencia de Ricardo Baroja en la que pide a los amigos cenetistas que abandonen *su absurdo apoliticismo* y voten a Pestaña (o sea, por el Frente Popular). « Humano Libre » que firma el artículo arremete contra él y los sindicalistas expulsados de la CNT, *contrabandistas de la tiranía y la explotación*. Como es sabido, los pestañistas traidores terminarían regresando al redil, en el congreso de Zaragoza, en mayo de 1936. Y, por su parte, Ricardo se dejaría de aventuras, fuera de las del papel y los pinceles. Pero no sigamos por los senderos que se bifurcan que nos llevan a otras historias.

## Conclusiones

A modo de conclusión insistiremos en algunos puntos:

- a) La experiencia vital de estudiante de medicina en el Clínico y San Juan de Dios desempeña un papel importante en la rebeldía de Baroja y en su denuncia de la injusticia. Su *exaltación humanitaria* se alimenta además con la lectura de Tolstoi y Schopenhauer.
- b) En sus años de estudiante y de industrial panadero en Madrid manifiesta atracción por el anarquismo (y repulsa *del dogma cerrado socialista*), asistiendo a mítines y reuniones. Refuerza su conocimiento directo del medio durante su estancia en París, en 1899,

gracias a Nicolás Estévez. Llega incluso a publicar en *L'Humanité Nouvelle*, una revista anarquista.

- c) Las trilogías *La lucha por la vida*, *El pasado* y *La raza* son la plasmación literaria de ese interés. En el caso de *Aurora roja* no se limita a la simple curiosidad por el medio ácrata. Cabe apreciar en el caso de un personaje como *El Libertario* cierta empatía o identificación.
- d) De 1890 a 1911, aunque haya altibajos, comparte ideología con los republicanos radicales (Lerroux), en concomitancia con los anarquistas, el anticlericalismo y el recurso a la fuerza.
- e) A partir de 1911 (Itzea y Aviraneta), con la baja del Partido Radical consecutiva al fusilamiento de Sánchez Moya, se observa un paulatino alejamiento. No obstante, en los años de la república, redacta los reportajes novelísticos de *La selva oscura*, con aplicación del patrón pintoresquista que utiliza para las figuras históricas del XIX (Buenaventura Durruti, por ejemplo, es el equivalente de *El Empecinado*). Los medios libertarios critican a Baroja, pero a veces le aplauden (*Páginas Libres* y *La Revista Blanca* a propósito de Ostolaza, Mújica y la carta de Baroja).
- f) No quisiéramos agotar las letras del alfabeto por lo que haremos una última observación. La guerra civil marca un cambio de rumbo. La simpatía inicial hacia los anarquistas se trueca, sin alcanzar las cotas de su odio por el comunismo, en hostilidad declarada. Nos remitimos a las páginas de *Misericordias de la guerra* cuya lectura no recomendamos (perdonen que ejerza de censor).

Por tanto, dentro de la obra del prolífico Baroja, el anarquismo fue un tema considerable. Una de sus mejores novelas, *Aurora roja*, la primera novela social española, ahí está para confirmarlo.

## Bibliografía

Para las novelas de Pío Baroja mencionadas en este estudio no he utilizado las Obras Completas publicadas por Círculo de Lectores, sino las reediciones de la editorial Caro Raggio. Para las memorias *Desde la última vuelta del camino* los tres volúmenes de referencia son los reeditados por Tusquets en 2006.

Citaremos a continuación los libros y publicaciones consultados:

ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del Paralelo*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

CARO BAROJA, Pío: *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano*, Caro Raggio/Cátedra, Madrid, 1987.

- DOS PASSOS, John: *Rossinante reprend la route*, Ed. Grasset, Paris, 2005 (traducción francesa de *Rosinante to the road again*, donde el capítulo que trata de Baroja se titula precisamente “un novelista de la revolución”).
- GIL BERA, Eduardo: *Baroja o el miedo. Biografía no autorizada*, Ed. Península, Barcelona, 2001.
- IÑÍGUEZ, Miguel: *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001.
- MAINER, José-Carlos: *Piso Baroja*, Ed. Taurus/Fundación March, col. Españoles Eminentes, Madrid, 2012.
- MORAL, Carmen (Del): *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*, Ed. Turner, Madrid, 1974. (En lo referente a *Aurora Roja* he seguido su estudio de los personajes).
- MORRAL, Mateo: *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévanez*, Olañeta Editor, Barcelona, 1978.
- Rai FERRER (Onomatopeya): *Durruti 1896-1936*, Ed. Planeta, Barcelona, 1985.
- ROMANONES, conde de: *Notas de una vida (1868-1912)*, Ed. Aguilar, col. Crisol, Madrid, 1945.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel: *Pío Baroja a escena*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- VALLINA, Pedro: *Crónica de un revolucionario*, Ed. Solidaridad Obrera, Paris, 1958.

### **Otras publicaciones**

- Páginas Libres*, (Sevilla), n.º 1, 30 de abril de 1923.
- La Revista Blanca*, (Barcelona), n.º 170, 1 de noviembre de 1930. N.º 334, 14 de junio de 1935.